

## **LA INVASIÓN DE GREGOR MacGREGOR Y LA INDEPENDENCIA DE PANAMÁ<sup>1</sup>**

**Alfredo Castillero Calvo<sup>2</sup>**

### **Resumen**

Tras una innegable prosperidad económica generada durante el primer decenio de la crisis debido a la fluida cantidad de plata proveniente de Nueva España y de Perú, y sostenida hasta la invasión de Gregor MacGregor, Panamá, empleó parte de su excedente fiscal a la ayuda de las fuerzas realistas neogranadinas, al suministro de uniformes al batallón de Albuera y a la contribución a la causa realista con tropas de su propia gente. Sin embargo al ser Panamá zona obligada para el paso frecuente de tropas hacia Perú o Ecuador, debía soportar la cuantiosa presencia de militares que en los últimos años se mostraba hostil a la población, además de una cantidad considerable de “emigrados” que se hallaban ajenos a los sucesos políticos de mayor efervescencia en el momento. Algunos de esos acontecimientos más importantes para entonces, a parte de sus ya conocidas aspiraciones de autogobierno, era la Constitución Gaditana, las agitaciones insurgentes o liberales y la represión a estas ideas que pese a todo, seguían afirmando lealtad al Rey. En medio de este contexto arribó Gregor MacGregor con su tropa a Panamá y pese a que su fracaso fue evidente, las consecuencias de este hecho calaron tan hondo, que influyeron de manera considerable a la Independencia, poco tiempo después.

**Palabras clave:** Invasión, Gregor MacGregor, Panamá, Independencia, Portobelo.

---

<sup>1</sup> Artículo recibido el 18 de enero de 2016; aprobado el 16 de febrero de 2016.

<sup>2</sup> Doctor en Filosofía y Letras Sección Historia de América, por la Universidad de Madrid en 1967. Catedrático de Historia de Panamá y América en la Universidad de Panamá durante 40 años, hasta su jubilación en 2007. Ha sido profesor visitante en las Universidades de Yale, Stanford (Tinker Chair), y Notre Dame de Maryland (Fulbright Professor), y dictado conferencias y seminarios de maestría y doctorales en las Universidades de Costa Rica, La Rábida, Granada, Sevilla y Bogotá.

## Abstract

After an undeniable economic prosperity commenced during the first decade of the crisis due to the uninterrupted supply of silver from New Spain and Peru, that lasted until the invasion of Gregor MacGregor, Panama used part of its budget surplus to help the royalist forces of New Granada to supply uniforms of the battalion of Albuera and to contribute to the royal cause its own troops.

However, Panama as the zone for the frequent passage of troops to Peru or Ecuador had to support a significant military presence that in the last years became more hostile to the population. Moreover, it had to cope with a considerable amount of “emigrants” who played no role in the political turmoil at the time.

Some of the most important events at that time, apart from the well-known aspirations of self-government, was the Cadiz Constitution, liberal agitation, unrest and repression of those who supported these ideas. However, despite everything, these persons still claimed loyalty to the king.

Amid this context Gregor MacGregor arrived with his troops to Panama and despite the fact that its failure was evident, the consequences of this episode were so deep that they influenced significantly the way to independence.

**Keywords:** Invasion, Gregor MacGregor, Panamá, Independence, Portobelo.

La Independencia de Panamá de España tal vez sea la peor conocida. La historiografía del período referente a Panamá apenas recién empieza a levantar el velo, por lo que se conoce poco de este proceso, tanto dentro como fuera del país. El hecho es que Panamá sigue sin merecer el interés de los estudiosos, y en las publicaciones que se han venido realizando durante las celebraciones del Bicentenario, apenas si se la menciona, o se hace de manera tangencial, o para citar de paso la fecha de su primer grito, o el día de su independencia (a veces con errores). En el propio Panamá los archivos del período son virtualmente inexistentes, del único periódico que se publicó para entonces, *La Miscelánea del Istmo de Panamá*, apenas quedan, que se sepa, ocho números aislados, y los dos textos que dejó Mariano Arosemena, único memorialista del período, deben manejarse con cautela, pues fueron escritos 30 años después de los hechos, y contienen errores y omisiones, algunos tal vez intencionales. Uno de estos textos, por lo demás, se basa demasiado en José Manuel Restrepo. Así, el historiador queda sujeto, sobre todo, a los fondos del Archivo de Indias, que por su propia naturaleza distan de ser suficientes. De esta manera, algunas dudas quedarán

irremisiblemente sin respuesta, o en el mejor de los casos sujetas a una escrupulosa interpretación.

Uno de los eventos más impactantes del período independentista fue la invasión de Gregor MacGregor a Portobelo en abril de 1819. El hecho fue lo suficientemente serio como para merecer varias publicaciones impresas en su tiempo. Es el caso de las *Memorias* del geógrafo y militar Agustín Codazzi, que le acompañó en la captura de la isla Amelia, en Florida, o del coronel Francis Maceroni, que le ayudó a reclutar gente en la expedición a Portobelo, y que las publicó en Londres en 1838 en dos volúmenes<sup>3</sup>. O del Dr. W. Davidson Weatherhead, médico de la expedición que permaneció cautivo durante meses en Panamá y dejó uno de los más vívidos y confiables relatos. El hermano del coronel Rafter, que defendió valerosamente el fuerte de San Jerónimo, publicó también una larga crónica de los hechos, incluyendo una biografía de MacGregor, al que hace responsable del fracaso de la expedición y de la muerte de su hermano. Su obra se publicó en 1820, poco después de los hechos<sup>4</sup>. José Manuel Restrepo se refiere numerosas veces a MacGregor y le dedica varias páginas a la expedición en su *Historia de la Revolución de Colombia*, que empezó a publicarse en París en 1827 en 10 pequeños volúmenes y un atlas<sup>5</sup>. En sus *Apuntamientos*, Mariano Arosemena también se ocupa del tema<sup>6</sup>. Además, en varios archivos, sobre todo el de Indias, en Sevilla,

---

<sup>3</sup> Mario Longhena, *Memorias de Agustín Codazzi* (Bogotá: Banco de la República, 1973); John Macrone, *Memoirs of the life and adventures of Colonel Maceroni* (Londres: St. James Square, 1833).

<sup>4</sup> W. Davison Weatherhead, *An Account of the late Expedition against the Isthmus of Darien under the command of Sir Gregor McGregor, together with the events subsequent to the recapture of Portobello, till the release of the prisoners from Panama* (Londres: Longman, Hurst, Rees, Orme, and Brown, 1821). Michael Rafter, *Memoirs of Gregor M'Gregor; comprising a sketch of the revolution in New Granada and Venezuela, with biographical notices of Generals Miranda, Bolivar, Morillo and Horé, and a narrative of the expeditions to Amelia Island, Porto Bello, and Rio de la Hache, interspersed with revolutionary anecdotes* (Londres: J.J. Stockdale, 1820).

<sup>5</sup> La segunda y definitiva edición se imprimió en Besançon en 1858, notoriamente corregida y completada y es la que ha servido de base para las sucesivas reediciones. Una edición popular se publicó en cinco tomos, por editorial Bedout, Medellín, 1969. Restrepo participó activamente en el movimiento insurgente, manejó abundantes archivos oficiales y llevó un diario que le sirvió de base para esta obra, que escribió cuando aún tenía frescos sus recuerdos de la guerra. Se le considera, con razón, el primer historiador de Colombia y el más influyente en relación con la independencia: José Manuel Restrepo, *Historia de la Revolución de Colombia* T. II (Medellín: Bedout, 1969).

<sup>6</sup> Mariano Arosemena, *Apuntamientos históricos (1801 – 1840)* (Panamá: Biblioteca de la Nacionalidad, 1999), 87-97 con biografía y notas de Ernesto de J. Castillero. Los *Apuntamientos* empezaron a publicarse en el *Boletín Oficial del Estado Soberano de Panamá* entre el 25 de febrero de 1868 y el 4 de marzo de 1869 y cubren de 1801 a fines de 1821. Los capítulos siguientes, correspondientes a 1822-1840, se publicaron por primera vez al

queda abundante información de primera mano sobre los preparativos de la expedición y de los hechos de armas. El propio mariscal de campo Alejandro Horé, comandante y gobernador de Panamá, redactó más de un parte militar, uno cuando acababa de recapturar Portobelo y la sangre estaba todavía fresca, y otro en días posteriores, para ampliar el informe y agregar detalles. Finalmente, el historiador colombiano Francisco Hernando Muñoz Atuesta recién acaba de publicar una compilación documental sobre Cartagena, donde casi la mitad está dedicada a la expedición MacGregor y reproduce la traducción de muchas páginas de Weatherhead. Existe pues, abundante material.

Pese a todo ello, quedan muchas dudas sobre lo que realmente se proponía MacGregor, o los capitalistas británicos que le financiaron, el papel que realmente jugaron o esperaban jugar los delegados cartageneros que le acompañaban, la razón por la que fue tan rotundo el triunfo militar español y hasta dónde llegó la participación de Thomas Cochrane con su escuadra naval chilena, y finalmente cuál fue el impacto que produjo la invasión en el comercio regional y en la propia Panamá. Los propios contemporáneos no se ponen de acuerdo en esto. Además, ¿por qué Portobelo?

¿Era el propósito simplemente capturar la plaza, avanzar hacia Panamá y enarbolar en esta ciudad el estandarte de la Nueva Granada? Es lo que afirmaba Agustín Codazzi y lo creía el gobernador de Panamá Alejandro Horé. Pero una cosa era rendir Portobelo, que solo tenía 90 soldados, la mitad de ellos enfermos, y otra distinta atacar Panamá, donde se concentraba una temible guarnición comandada por expertos militares que superaban en experiencia y capacidad a MacGregor y su oficialidad. Además ¿cómo pensaba hacerlo, si su tropa era bisoña e indisciplinada, su número era muy inferior al de las fuerzas concentradas en la capital y debía cruzar casi 100 kilómetros de terreno desconocido y selvático?

¿Venía MacGregor solo a saquear Portobelo y repartir el botín con sus socios financieros, su oficialidad y su tropa? Es lo que sostienen algunas fuentes contemporáneas, como Restrepo, o el embajador de España en Londres. Panamá era hasta ese momento el cruce de caminos de virtualmente toda la plata que producía América, y desde Jamaica, cruzando el Istmo, se abastecían los mercados sudamericanos del Pacífico. Muchos miles de

---

ver la luz la obra completa en 1949. En nota introductoria a los *Apuntamientos*, del 18 de enero de 1868, Arosemena reconoce haber “aprovechado varias noticias” de la obra de José Manuel Restrepo.

pesos novohispanos o peruanos podían concentrarse en Portobelo en cualquier momento y era el sitio ideal para apropiarse de un jugoso botín. Además el lugar no era del todo desconocido por los mercaderes británicos y estaban enterados de las debilidades de sus defensas. Según las fuentes la financiación de la empresa habría sido de medio millón de libras esterlinas, lo que equivalía a cerca de 3 millones de pesos, suma considerable entonces. ¿Pero compensaría el botín esta enorme inversión? Difícilmente.

¿Consistía su plan en unir fuerzas con la escuadra naval de Thomas Cochrane, someter primero a Portobelo y luego a Panamá, y una vez en control del Istmo, lanzarse a la liberación de Cartagena y asegurar el triunfo definitivo de la revolución? Así lo afirmaba también Codazzi. Un plan así no era nuevo. Tomar por asalto el Istmo atacando por ambos mares ya lo habían intentado en 1740 Edward Vernon y George Anson. No les resultó, pero su recuerdo permaneció vivo en la memoria naval británica.

Pero ¿qué beneficio obtenían los socios financieros con la independencia? El movimiento de la plata y el trasiego de mercancías era un formidable negocio que ya llevaba una década y los comerciantes británicos eran los más favorecidos. Tenían el declarado propósito de aniquilar los telares sudamericanos inundando a América con las telas de algodón que traían por toneladas de la India y de cubrir ese vasto mercado con las manufacturas británicas. Para las mismas fechas en que atacó MacGregor, algunos indígenas cunas leales al gobierno en Panamá informaban que sus casas estaban ahítas de telas y productos británicos, que los mercaderes les preguntaban por la situación de las defensas en Portobelo, y que les alentaban a rebelarse informándoles que ya España no tenía rey<sup>7</sup>. Las mercancías británicas no sólo invadían legalmente las grandes ciudades; también eran contrabandeadas en lugares marginales, como era la costa oriental caribeña del Istmo, solo poblada por cunas y, a juzgar por lo anterior, los mercaderes no dejaban de tratar de influir ideológicamente a los indios y de empaparse de asuntos muy ajenos al comercio. Como es obvio, controlar el Istmo podría ser una enorme ventaja y valía la pena el riesgo de la inversión. El movimiento de la plata y el activo comercio entre Jamaica y Sudamérica vía

---

<sup>7</sup> Carta de Alejandro Horé al virrey de Nueva Granada, Panamá, 17 de agosto.1819, Archivo General de Indias, en lo sucesivo AGI, Cuba 744.

Panamá eran bien conocidos, pero nadie relaciona esto último, al menos no explícitamente, con la expedición de MacGregor.

Al parecer, la mayoría de los inversionistas eran escoceses, como el propio MacGregor, y la expedición partió de Glasgow, un puerto escocés. En el imaginario colectivo de la antigua Caledonia, persistía la amarga experiencia del trágico y oneroso fracaso en Darién, cuando a fines del siglo XVII Escocia trató de establecer la colonia de Nueva Edimburgo. El gran sueño escocés era fundar en Darién una Nueva Jerusalén, crear una compañía comercial distinta a las que tenía Inglaterra, y convertir Nueva Edimburgo en un *hub* del comercio internacional. De esa manera esperaban librarse de la dependencia de su vecina, que tantas veces en su historia común la había sometido, humillado y saqueado. Un tercio del capital escocés se invirtió en esta aventura, pero fue un aparatoso desastre y el gobierno quebró. De los 2,500 colonos solo sobrevivió un puñado. Inglaterra asumió la deuda y obligó a Escocia a firmar el *Pacto de Unión*, que le costó la independencia. Era una herida muy difícil de borrar y el encono con su histórica rival nunca cesó. ¿Aspiraban MacGregor y sus financistas volver a intentarlo? El propio MacGregor presumía de ser descendiente de un colono escocés de Nueva Edimburgo y una india cuna. Esto, según él, le daría derechos posesorios sobre aquellas tierras, donde sería rey. ¿No fabuló, años después de su fracaso en Portobelo, con convertirse en Gregor I, soberano de los indios Poyais, en la Mosquitia nicaragüense?

El hecho de que en la expedición a Portobelo se concertaran originalmente 101 mujeres y 40 niños ¿no sugiere claramente un proyecto colonizador?

Todo esto nos parece hoy una alocada aventura, pero así eran los signos de los tiempos. El conocimiento que se tenía en Europa de las colonias españolas era muy escaso y países en fase de vigorosa expansión económica como Gran Bretaña necesitaban nuevos mercados y terrenos que colonizar. ¿Qué otra explicación puede haber para que se pusiera en manos de un colorido aventurero como MacGregor tanto dinero y recursos? Primero en Portobelo y luego en la Mosquitia. Para el proyecto nicaragüense el propio rey Jorge IV le recibió, otorgándole al que decía ser descendiente del héroe escocés Rob Roy MacGregor el título de Sir, confiando en que esto le ayudaría a promover las relaciones entre ambos países. Para que esto sucediera hacía falta una sociedad dispuesta a creerle, por disparatados que

ahora nos parezcan sus proyectos, por lo que sorprendentemente se dejó convencer. De esa manera pudo engañar a todos y se engañó a sí mismo. Pero no está de más recordar que el rey Jorge estaba fascinado por la historia de los highlanders escoceses, gracias a las novelas de Sir Walter Scott (que acababa de publicar *Rob Roy* en 1817), quien le convenció en 1822 de ir a Escocia y a vestir el kilt de tartán, que desde entonces se puso de moda, aunque era una prenda desde hacía tiempo en desuso.

Sin embargo, para entonces Escocia ya no era la de los tiempos del proyecto darienita. El malestar de los escoceses por mantenerse sujetos a la Unión y que tanta sangre y frustraciones costaron durante el siglo XVIII se habían apaciguado. Adam Smith, otro escocés, había descubierto en las actividades del propio puerto de Glasgow que al hombre le motivaba un impulso natural por el lucro, sin importar le ley ni la justicia, y que además eso no era malo ni inmoral. De hecho constituía uno de los conceptos clave para explicar la riqueza de las naciones, y así tituló su célebre obra. En su época no eran pocos los escoceses que habían encontrado su “Nueva Jerusalén” en Jamaica o en los futuros Estados Unidos, explotando esclavos para producir caña de azúcar o tabaco. Por supuesto que esta no era la Nueva Jerusalén que habían tenido en mente sus antepasados. No eran los mismos de antes, pero no dejaba de ser una Nueva Jerusalén, aunque bastante menos espiritual y más materialista.

Así pues, nos enfrentamos a muchas dudas e interrogantes. Pero como en cualquier evento histórico, solo contextualizándolo podremos encontrar respuestas satisfactorias. En cuanto a la invasión a Portobelo, la historiografía suele mencionarla como un dato poco menos que anecdótico, que no parece haber tenido mayor trascendencia. Se limita más bien al aspecto militar, o tiende a obviar otros eventos que lo acompañaron y, no lo menos importante, desconoce el contexto histórico panameño, sobre todo el militar, el económico y el político.

Si se examina la literatura histórica sobre la independencia de Panamá, se observa que el énfasis se concentra en los acontecimientos de noviembre de 1821, pero no se ofrecen mayores explicaciones sobre el largo proceso de maduración política que la precedió, ni de las razones por las que su economía se encontraba postrada en ese momento, ni del ambiente de ácida crispación que existía entre la tropa española y la población. Por eso se desconoce

hasta qué punto afectó a Panamá la prolongada crisis de la monarquía hispana. Se ignora que durante este proceso el Istmo estuvo tan acosado por la ansiedad, las inseguridades y los temores que tuvieron que padecer la mayoría de los países hispanoamericanos y que, al igual que en estos, aquellos fueron lustros de intensa formación política, pero también de ambigüedades, vacilaciones y contradicciones.

Algunos hechos fundamentales de lo que ocurrió en Panamá durante este agitado período han permanecido hasta ahora, o bien del todo desconocidos o mal comprendidos. Se desconoce, por ejemplo, la temprana pulsión autonomista que eclosionó a partir de 1810, cuando el país se suma a la corriente *juntista* general que se había iniciado en la Península y extendido por todas las colonias. En Panamá se adoptaron sin demora varias medidas urgentes de clara intención autonomista, como la de solicitar al Consejo de Regencia que convirtiera al Istmo en Capitanía General, que al Ayuntamiento se le concediesen las funciones propias de la Audiencia, así como el control del Fisco, todo lo cual reflejaba una manifiesta voluntad de autogobierno. Lo hizo así mientras rechazaba las incitaciones que le habían extendido Cartagena y Bogotá para que se uniera a su causa (incluso bajo amenazas) y prefirió actuar autónomamente<sup>8</sup>.

Panamá había sido incorporada al virreinato de Nueva Granada en 1739 y desde un comienzo había resentido su subordinación y dependencia a Cartagena y Bogotá, sobre todo a esta última, cuya dinámica económica era tan distinta a la panameña, dado que ésta se basaba en el comercio y la navegación marítima, para no mencionar las insufribles demoras, riesgos y onerosos costos para poder comunicarse con la capital neogranadina. De modo que las autoridades panameñas, encabezadas por el Ayuntamiento de Panamá, con el respaldo del gobernador y comandante general y de otras autoridades, no vacilaron en optar por una salida independiente. Pero a la vez que reivindicaban su autonomía respecto de Nueva Granada,

---

<sup>8</sup> El autor desarrolla este tema y diversos aspectos de la independencia de Panamá en Alfredo Castellero Calvo, "Las Cortes de Cádiz y la independencia de Panamá", en *La Constitución de Cádiz y su huella en América*, coord. Alberto Ramos Santana (Cádiz: Universidad de Cádiz, 2011), 229-240. También en: Alfredo Castellero Calvo, "La Constitución Gaditana de 1812 y su Influencia en Panamá: 1808-1821," *Revista digital indexada Memorias, Universidad del Norte* 18 (diciembre 2012): 55-87.; Alfredo Castellero Calvo, "Independencia de Panamá de España. Para el Bicentenario: nuevas evidencias y reflexiones," *Revista Tareas* 141 (mayo-agosto 2012): 101-28, y Alfredo Castellero Calvo, "La Constitución Política de la monarquía española y su impacto en Panamá, 1808-1821," *Debate* 20 (marzo 2012): 11-22

proclamaban su irreductible fidelidad al rey. Era algo muy similar a lo que se había hecho en otras partes de América.

Los años siguientes fueron de agitadas tensiones políticas. La sola experiencia de escoger al diputado para las Cortes Constituyentes de Cádiz caló muy hondo. Pero el mayor impacto lo produjo la Constitución gaditana con sus proclamas de soberanía nacional, separación de poderes, *habeas corpus*, igualdad entre españoles y americanos, libertad de imprenta, de cultivo y de industria, abolición del estanco de aguardiente, de la tortura, del tributo indígena y de la Inquisición. Luego, empezaron a llegar decretos y órdenes de las Cortes Generales y Extraordinarias para ampliar ciertos derechos y libertades contenidos en la Carta, como la habilitación de los originarios de África para ser admitidos en universidades y seminarios, la abolición de la horca y de las penas de azotes a los indios y los escolares. Estos conceptos revolucionarios no podían dejar indiferente a una población mayoritariamente mestiza de indio, blanco y negro. Casi al mismo tiempo, mientras se elegía al siguiente diputado a las Cortes, en medio de encendidas confrontaciones entre los dos bandos en pugna, llegaba una misión de espionaje de Cartagena encabezada por José María del Real y Germán Gutiérrez de Piñeres. El virrey Pérez los había admitido creyendo que venían a reconciliarse, pero en su lugar mostraron la Constitución de Cartagena para que se comparara con la de Cádiz y esto excitó aún más los ánimos. La de Cartagena contenía postulados liberales aún más audaces que la de Cádiz, siendo la primera en declarar la igualdad de derechos de todos sus habitantes, incluso de los esclavos. (La de Cádiz negaba la condición de ciudadanos a los afrodescendientes). Unos, por supuesto, lo consideraron un acto descaradamente subversivo, y lo era. Otros aprovecharon para empaparse de la situación en Cartagena o expresar sus simpatías por la insurgencia. Y los de Cartagena, para conocer el ambiente político en Panamá. Los espías fueron expulsados del país por un enfurecido virrey que, luego de haberlos admitido de buena fe, se sintió burlado<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Abundante información sobre este episodio de espionaje en AGI Panamá, 294; AGI Santa Fe 630, y Manuel Ezequiel Corrales, *Documentos para la Historia de la Provincia de Cartagena de Indias: hoy Estado soberano de Bolívar en la Unión Colombiana*. (Bogotá; Imprenta de Medardo Rivas, 1883), 704-708, 712-713, 722-725. 737-749. El autor presentó una ponencia sobre el tema el 17.XI.2011, con el título "Panamá y el Caribe neogranadino años de la Independencia, 1810-1824" en el Seminario Internacional "En el Bicentenario de la Independencia de Cartagena de Indias: España y América, para la Conmemoración del Bicentenario de la Independencia de Cartagena", organizado por el Instituto Internacional de Estudios del Caribe, Universidad de Cartagena y próximo a publicarse en obra colectiva sobre la independencia neogranadina.

La crispación de los ánimos se atizó aún más por las pugnas entre el Ayuntamiento capitalino y las pretensiones de mando y jurisdicción de la Audiencia neogranadina, que se establece en Panamá cuando se traslada a esta ciudad la sede del virreinato. Cuando en 1814 las tropas napoleónicas se retiran de España y Fernando VII recupera el trono, no demoró en abolir la Constitución gaditana. Pero ya el impacto que había tenido era irreversible y se extendió el descontento. Y es que, tras su vigencia de dos años entre 1812 y 1814, la Constitución había permeado el imaginario liberal de los distintos sectores sociales, sobre todo urbanos, y de esa manera contribuido a sentar las bases de una cultura constitucionalista y legalista. De hecho, había sido una verdadera cantera de formación política, que sería decisiva en el proceso de maduración de los primeros liberales y de los próceres independentistas. Cuando en 1820 se rebelaron los generales Riego y Quiroga que estaban por embarcarse con sus tropas para sofocar la insurgencia americana, y obligaron al rey a restablecer la Constitución, la noticia produjo gran revuelo en Panamá. Durante esos años las posiciones se habían ido radicalizando y tan pronto como se pudo se introdujo una imprenta para empezar a publicar *La Miscelánea del Istmo de Panamá*, de declarada tendencia liberal y constitucionalista<sup>10</sup>.

Durante todos estos años fue intensificándose la tenaz confrontación política entre los dos principales grupos de poder, uno constitucionalista y liberal (aunque mayoritariamente fiel a la Corona) y el otro absolutista y contrario a la Constitución. También adquirieron importancia los cientos y tal vez miles de “emigrados”, que escaparon de la insurgencia neogranadina y que se pliegan a este último grupo. La fuerza militar acantonada en el país se fue mostrando cada vez más represiva al aumentar las manifestaciones de rechazo por parte de la población. Y desde su juramentación, la Constitución gaditana fue acogida con entusiasmo jugando un papel crítico en la formación constitucionalista y política de los

---

<sup>10</sup> De la *Miscelánea del Istmo de Panamá*, solo han sobrevivido ocho números (cinco anteriores al 28 de noviembre de 1821). En el Archivo General de Indias, Estado 51 N° 19, se encuentran los números 24, 25, 26, 27 y 37, respectivamente, de 26 de agosto, 2, 9 y 16 de septiembre y 25 de noviembre de 1821, que pueden accederse por internet vía portal de archivos españoles (PARES). *La Miscelánea* continuó publicándose después de la Independencia, con el nombre de *Miscelánea del Istmo de Panamá Libre e Independiente*, de la cual se conservan en la Biblioteca Nacional de Colombia los números 30 y 34 del mes de agosto de 1822 y el número 36, del mes de septiembre siguiente. Sobre la fundación y función de este periódico ver y Arosemena. *Apuntamientos históricos*.

ciudadanos. Todos estos fueron factores clave sin cuyo conocimiento sería muy difícil comprender el proceso que condujo a la independencia en 1821.

Pero hay otros factores de carácter coyuntural que resultaron no menos decisivos y que explican que Panamá se diferenciara del patrón revolucionario de la región. Uno de ellos fue que desde 1808 Panamá había empezado a beneficiarse de una impresionante prosperidad económica. Esto ocurrió al descomponerse los circuitos comerciales tradicionales a raíz de los brotes insurgentes en Buenos Aires y Nueva España, lo que obligó a que la plata de Bolivia, Perú y México empezara a fluir hacia Panamá para seguir su curso hacia la colonia británica de Jamaica. Con toda esa plata se compraban mercancías en esta isla, entonces un gran depósito de mercancías británico, para ser luego distribuidas por el Pacífico luego de atravesar Panamá. Esto nunca había ocurrido antes, ni aún en los tiempos opulentos de las ferias de Portobelo. El impacto fue tremendo y se acumularon muchas fortunas. A esto se agregó el hecho de que a consecuencia de la guerra, también a partir de 1808, se interrumpió el comercio entre España y sus colonias, por lo que el gobierno de Panamá decidió autorizar el comercio libre, virtualmente sin cortapisas (lo que de paso estimuló enormemente el contrabando). Fue una medida no solo aprobada por el virrey de Nueva Granada sino también por el Consejo de Regencia en España. A consecuencia de todo ello, los ingresos de Aduana se dispararon, y el Fisco llegó a gozar, como nunca antes, de un holgado superávit, de modo que el gobierno pudo amortizar los gastos militares y burocráticos que cubrían los situados que antes le enviaban Perú y Nueva Granada y que desde 1810 dejaron de llegar. A su vez, durante este período, Panamá fue uno de los países americanos que más contribuyó a apoyar la causa realista, sea con recursos numerarios y en especie, sufragando con contribuciones públicas o privadas los gastos del ejército peninsular en pertrechos y uniformes, e incluso enviando tropas del Batallón Fijo para sofocar la insurgencia en lugares distantes como el Caribe neogranadino o el Chocó.

Fue con el argumento de este considerable apoyo económico a la causa realista que el gobierno peninsular, contra la opinión del gobierno novohispano (salvo el de Guadalajara, que se beneficiaba del tráfico de la plata con Panamá), y de Cádiz (que resentía la competencia comercial británica), que reiteradamente se autorizó a Panamá para que comerciara libremente con las naciones “amigas y neutrales” (Gran Bretaña, Estados Unidos,

sobre todo), y pudiera continuar aportado fondos para combatir la insurgencia. Esta prosperidad se mantuvo durante diez años, hasta principios de 1819, cuando el comercio se detuvo abruptamente al ocupar MacGregor Portobelo y empezar Thomas Cochrane a amenazar el Pacífico con la flotilla naval chilena<sup>11</sup>.

Otro hecho importante fue que, debido al caos prevaleciente en la Nueva Granada, el Consejo de Regencia optó por establecer la sede del virreinato y de la Audiencia virreinal en Panamá<sup>12</sup>, donde los generosos ingresos de Aduana permitían cubrir los salarios no solo del ejército y de los funcionarios regulares, sino también de los muchos empleados de gobierno y religiosos que habían sido expulsados de Nueva Granada y buscaron refugio en el Istmo en calidad de “emigrados”.

También debe mencionarse la abrumadora presencia militar tanto de tropa veterana como miliciana que permanecía en Panamá o era renovaba con tropas de refresco. Existía, por un lado, el Batallón Fijo de infantería veterana y varios cuerpos de milicias disciplinadas de blancos, negros y pardos libres distribuidas por todo el país, aunque concentradas sobre todo en tres puntos: en la capital; en el sistema fortificado de Portobelo, y en el fuerte de San Lorenzo del Chagres, que custodiaba la boca del río de este nombre y cuyo desembarcadero de Cruces, en lo profundo del Istmo central, quedaba a pocas horas de la capital. Desde el punto de vista militar era más ostensible, sin embargo, la presencia de algún Batallón peninsular con una fuerza nominal usualmente de 400 hombres, en su gran mayoría acantonadas en la capital. Estos batallones eran renovados cada dos o tres años, y mucha de su tropa y su oficialidad había sido probada en los teatros de guerra europeos, como en el

---

<sup>11</sup> Para el comercio y circulación de la plata vía Panamá, el capítulo del autor, Alfredo Castellero Calvo, “Despegue comercial pre-independentista,” en *Historia General de Panamá*. Vol. II (Panamá: Presidencia de la República., 2004), 3-16.

<sup>12</sup> La Audiencia se estableció en febrero de 1812 cuando fue juramentada por el recién llegado virrey Benito Pérez. Éste muere el 4.VIII.1813 en Chagres, cuando se disponía a abandonar el Istmo, luego de 14 meses de mandato. Le sucede Francisco Montalvo el 30.V.1813, pero con el cargo de gobernador y capitán general de la Nueva Granada; llega a Santa Marta a tomar posesión el 3 de junio siguiente, pero no es hasta 1816 que es nombrado virrey, luego de que, tras la restauración de Fernando VII, Pablo Morillo reinstala el gobierno peninsular. Durante todo ese tiempo, es decir hasta mediados de 1816, la Audiencia se mantuvo en Panamá, y no pudo mudarse hasta que Montalvo logra asumir el cargo de virrey. Hasta entonces, según su propia confesión, dependía totalmente de la ayuda económica del Istmo, al que solicitó inútilmente que le enviaran abogados para ejercer una mínima semblanza de administración de justicia. En Panamá había once, dos de ellos “emigrados”, pero ninguno se movió. Cf. AGI Santa Fe 580. Cartas y documentos de Francisco Montalvo en correspondencia con el oidor J. Carrión y Moreno, al Ministro de Gracia y Justicia, Santa Marta, 16.septiembre.1813. El mismo expediente en AGI Santa Fe 630.

caso del Batallón Cataluña, que desde 1820 llegó a convertirse en una fuerza represiva y hostil a la población.

A lo anterior se agrega que a Panamá se enviaban con frecuencia tropas peninsulares con destino a Ecuador o Perú y que debido a la falta de embarcaciones disponibles debían permanecer durante semanas en el país, generalmente en la capital. O bien se trataba de noticias inquietantes que hacían referencia al envío desde España de grandes cantidades de soldados para sofocar la insurgencia, como la que desde Panamá se dirigía a Perú el 6 de febrero de 1817, consistente en una expedición de 20 mil hombres al mando de Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal. O aquella, también para esas fechas, que hacía referencia a las órdenes del virrey de Perú de que se enviasen embarcaciones a Panamá para “recibir mil hombres de tropa que se esperan allí de la península de principios de marzo convoyados por la fragata de S.M. *Sabina*”<sup>13</sup>. Es más, el 25 de noviembre, apenas tres días antes de la Independencia, en la gaceta *Miscelánea del Istmo de Panamá*, se anunciaba que desde Cuba se enviaban 400 tropas procedentes de la guarnición de Florida.

No puede dejar de mencionarse, por otra parte, que entre 1816 y 1820 la tropa acantonada en Panamá estaba al mando del mariscal de campo Alejandro Horé, un veterano militar fogueado en las guerras napoleónicas, a quien el propio Fernando VII había encomendado disolver por la fuerza las Cortes de Cádiz<sup>14</sup>.

Tanta presencia militar, presente o en tránsito, era excesivamente desproporcionada para la escasa población del país. Por razones estratégicas y de seguridad para los dominios españoles, pero sobre todo para la protección de los tesoros que bajaban del Alto Perú, desde fines del siglo XVI la Corona había convertido al Istmo en plaza militar, con castillos y fortalezas en Portobelo, Panamá, la boca del Chagres, y en el interior del Darién, donde se

---

<sup>13</sup> Ambas noticias en *Gaceta del Gobierno de Lima*, N.º. 18, de 15 de marzo. 1817. En *Gaceta del Gobierno de Lima*, T. II, 1817. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1971. 141y ss.

<sup>14</sup> Cf. Mariano Arosemena, *Gaceta del Gobierno de Lima*, T. 2, (Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1971): 99. Sobre la carrera militar de Horé, su personalidad y su llegada a América con Morillo, Rafter, *Memoirs of Gregor M'Gregor*. 236-240. En muchos documentos su apellido aparece sin tilde, pero según Rafter, era pronunciado por los españoles con acento en la última vocal y era natural de Dublín de “Roman Catholic parents”, aunque en su hoja de vida (en AGI Cuba 742) consta que había nacido el año 1778 en San Sebastián, al norte de España. Rafter lo describe como de corta estatura, de apariencia más bien insignificante aunque bien cuidada; su expresión proyectaba hondos pensamientos y un espíritu audaz, y sus ojos tenían una penetración inusual (traducción mía).

levantaron fortines para combatir a los indios cunas, aliados de los ingleses desde mediados del siglo XVIII. Hacia 1810, los censos apenas registraban una población para todo el país de cerca de 70,000 habitantes (lo justo para poder enviar un representante a las Cortes Extraordinarias de Cádiz), mientras que la capital no contaba más de 10,000 habitantes. Según una fuente aislada (aunque no confirmada estadísticamente y probablemente exagerada), esta cifra ya se había duplicado entre 1813 y 1814<sup>15</sup>. El hecho es que la población aumentó, en parte debido a la inmigración masiva de funcionarios realistas que huían de los avatares de la guerra (sobre todo de Nueva Granada), tras haberse establecido la cabecera del virreinato neogranadino en Panamá el año anterior; en parte también debido a los comerciantes que llegaban atraídos por la prosperidad comercial de Panamá, e incluso de esclavos que éstos llevaban de las Antillas. Puede asumirse, por otra parte, que los “emigrados” políticos serían poco proclives a romper los lazos con España, aunque se desconoce cuál fue su peso político en aquellas circunstancias, si tuvo alguno, salvo el de algunos casos conspicuos. Lo cierto es que tan abrumadora presencia militar y movimiento de tropas, efectivas o en tránsito, que tan marcadamente contrasta con la exigüidad de la población civil, fue un poderoso factor de disuasión para cualquier arresto de intención liberal y no digamos de insurgencia, pero aun así no dejaron de manifestarse. Todos estos son factores a considerar para comprender el proceso independentista panameño, cuando atacó MacGregor tal era el ambiente que prevalecía en Panamá.

Resumamos lo anterior. Panamá había demostrado una clara inclinación al autogobierno. Había gozado de un período de bienestar económico durante el primer decenio de la crisis, y gracias al torrente de plata que le llegó de Nueva España y Perú, su excedente

---

<sup>15</sup> En 1802 el censo de ese año, arrojaba para la ciudad de Panamá “poco más de 8,000 habitantes”, contando los barrios de San Felipe y Santa Ana, citado por Andrés Baleato, “Ciudad de Panamá, capital de su distrito y estaciones del año”, Lima, 14 de noviembre.1817. El original en Museo Naval de Madrid, publicado por Antonio B. Cuervo. *Colección de Documentos Inéditos sobre la Geografía y la Historia de Colombia*. Vol. II, (Bogotá: Imprenta De Vapor, 1892). Pero cuando “Panamá volvió a ser el centro del comercio entre la Europa y la dilatada costa del Pacífico” [y se empezó a llenar de refugiados de la guerra sobre todo] según escribía un viajero inglés que estuvo en la ciudad en 1813 y 1814, la población se disparó hasta “más de 20,000 habitantes” (Anónimo inglés en *El Instructor o Repertorio*, N° 63, marzo 1839). En cambio, el gobernador Carlos Meyner estimaba la población capitalina entre 10,000 y 12,000 habitantes. AGI Panamá 257. Carta al rey, Panamá, 10.I.1814. El hecho es que una vez cesó el frenesí comercial y concluyó la guerra, la población volvió a desinflarse. El censo de 1822 registraba solo 10,730 habitantes. Cf. Foreign Office, 1823, 18 vol. 9. *A brief sketch of the Department of the Isthmus of Panama*, Panamá, 25 de agosto.1824. Correspondencia del cónsul de S.M.B. Malcolm MacGregor. Este censo “fue preparado por orden del general de brigada Carreño, con arreglo al artículo 8 de la Constitución de Colombia”. Según el censo de 1825 publicado por José Manuel Restrepo todo el Istmo rebasaba ligeramente los 100,000 habitantes, T. VI. P. 629.

fiscal le permitió enviar ayuda económica a las fuerzas realistas neogranadinas, equipar de uniformes al batallón Albuera, destinado a Santa Marta, e incluso enviar tropas de sus propias milicias. Por otra parte, debía soportar una excesiva presencia militar, incluso hostil a la población, sobre todo en los últimos años y era zona de paso frecuente de tropas hacia Perú. Tenía una importante población de “emigrados” y por lo mismo desafectos a la insurgencia o a las ideas liberales, e incluso a la Constitución gaditana, mientras que un amplio sector de la población se declaraba abiertamente a favor de esta Constitución. Y no está de más recordar que por Panamá pasó en enero de 1821 el comisionado de paz para Perú y Chile, Manuel Abreu, que dejó un *Diario* de viaje y tomó acciones para evitar un choque armado entre la tropa y la población<sup>16</sup>. Siendo esto así, y dado que el Istmo mantenía tan estrechos e importantes vínculos con toda la región, ¿cómo justificar que Panamá haya permanecido invisible para la historiografía de este periodo?<sup>17</sup>

Contra lo que suele pensarse, durante los años de la independencia la guerra fue una presencia permanente en Panamá, sea que se enviaran voluntarios del Batallón Fijo a los escenarios neogranadinos donde se combatía, como las que comandaron los oficiales panameños José María Remón y José de Fábrega, respectivamente en Santa Marta y en Chocó, o que llegaran tropas de refresco del exterior, o que amenazara una invasión a sus riberas. De hecho, en 1814 hubo un intento de asalto a Portobelo encabezado por el corsario Benito Chasserieux, pero fue rechazado, y la amenaza de ataques corsarios continuó, sobre todo en la costa caribeña. En mayo de 1818 el gobernador Alejandro Horé comunicaba al Capitán General Juan de Sámano la presencia del temible y conocido corsario francés Louis

---

<sup>16</sup> “Diario Político del capitán de fragata D. Manuel Abreu”, AGI Lima 800. Documento que agradezco al Dr. John R. Fisher, profesor emérito de la Universidad de Liverpool.

<sup>17</sup> No me deja de sorprender que en una muy reciente publicación titulada Manuel Chust e Ivana Frasset, *Tiempos de Revolución. Comprender las independencias iberoamericanas* (Madrid: Fundación Mapfre-Ed. Taurus, 2013), 253 y 302., dos de los principales especialistas en el tema, no mencionen Panamá una sola vez, salvo en dos mapas, ambos con errores de bulto. En uno general titulado “La Independencia en América Latina” (pág. 302) colocan el año 1903 sobre el istmo de Panamá, que fue cuando se independizó de Colombia. Y en otro, con el título de “La república de Colombia entre 1819 y 1830 (Gran Colombia)” (p.253), colocan como terminal caribeña a la ciudad de Colón, que no empezó a construirse hasta 1850.

Michel Aury, al servicio de la causa independentista, en las cercanías de Chagres y Portobelo<sup>18</sup>.

La invasión de MacGregor, un año después, no tomó por sorpresa a los mandos militares en Panamá. Era algo que se podía esperar, sobre todo si se tiene en cuenta la avanzada que se encontraba entonces la guerra de insurgencia. Rumores con informaciones fragmentarias y luego cartas preocupantes desde la propia Embajada de España en Londres la venían anunciando. Se decía que era solo la avanzada de otra fuerza mayor que llevaría miles de soldados más. En una de sus cartas al Capitán General de Nueva Granada, Juan de Sámano, el Embajador Duque de San Carlos le informaba que había logrado introducir espías en la expedición<sup>19</sup>. El propio gobernador y comandante de Panamá, Alejandro Horé, comunicaba al Despacho de Guerra en Madrid, que Cochrane tramaba invadir el Istmo y unir fuerzas con MacGregor para...atacar Cartagena y relanzar la insurgencia neogranadina. Tan público era el asunto que hasta los periódicos londinenses publicaban detalles de la expedición y el número de barcos y reclutas que llevaba. Se sabía que era MacGregor el que comandaba la flotilla, que era apoyado financieramente por varios capitalistas británicos que le entregaron una gran suma de esterlinas para la empresa. Pero no se dice quiénes eran los que lo financiaban, qué pretendían realmente, y a dónde iba a atacar, si a Chagres, a Portobelo o a otro sitio. Ni siquiera se sabía con certeza si se dirigía al istmo de Panamá. De hecho el “contrato” entre MacGregor y el diputado de Nueva Granada en Londres, José María del Real, no especifica ningún destino en particular, salvo que su misión era consolidar la independencia neogranadina. Como quiera que sea, todas estas eran noticias ominosas para el Istmo, todavía fiel a España, que empezó a prepararse para lo peor.

La biografía de MacGregor es bastante conocida. Era hijo de un capitán de la *East India Company*. Había nacido en Edimburgo en 1786, donde se educó y permaneció hasta 1800. Inició su carrera militar en 1803, cuando ingresó a la Armada Británica. Su matrimonio en 1805 con María Bowater lo hizo un hombre rico, lo que le ayudó para avanzar en su carrera. Pasó una breve temporada en el ejército portugués, donde tuvo dificultades con sus

---

<sup>18</sup> Varias cartas sobre la amenaza de invasión de MacGregor y de su alianza con Aury, en Carta de Alejandro Horé al virrey de Nueva Granada, Panamá, 17 de agosto.1819, Archivo General de Indias, en lo sucesivo AGI, Cuba 742-744.

<sup>19</sup> Las cartas del embajador sobre la expedición las reproduce Francisco Hernández Muñoz Atuesta, *Cartagena de Indias. Compilación Histórica* (Bogotá: Genealogía e Historia Ediciones, 2012) 226-227.

superiores. Regresa a Edimburgo y se matricula en la Universidad en el curso 1808-1809, donde estudia química y ciencias naturales. En 1811 su mujer muere y pierde el apoyo social y financiero de su familia, por lo que busca otros horizontes. Las noticias de lo que ocurre en América llaman su atención y se dirige a Venezuela. Según una versión, conoció a Bolívar en Londres cuando éste fue en busca de apoyo y lo reclutó como coronel, rango con el que viajó a Venezuela en 1811. Otra versión dice que en 1812 era Ayudante de Francisco Miranda y Comandante de Caballería y Brigadier. Se casa entonces con una prima de Bolívar, al que trata de cerca y viaja con él a Cartagena. En 1812 se le encomiendan 1,200 hombres para que los entrenara. Participa en la campaña de Nariño en Nueva Granada y en la toma de Pamplona, Tunja y Socorro y se une a Bolívar en la campaña del Magdalena. Cuando Pablo Morillo sitia Cartagena, colabora en la evacuación y pierde a dos de sus hijos, todavía niños. Entre 1815 y 1816 destaca por su arrojo en varios combates donde el enemigo es derrotado. Bolívar le asciende a General de División y le otorga la Orden de los Libertadores.

Luego viaja a Estados Unidos y en 1816 captura el fuerte de San Carlos, en la isla Amelia, al noreste de Florida, con ayuda del corsario francés Luois Michel Aury, Agustín Codazzi y otros. Declara la independencia de la “República de las Floridas”, y se autoproclama "Brigadier general de las Provincias Unidas de la Nueva Granada y Venezuela y General en jefe de los ejércitos de las dos Floridas". Pero no pudo contar con respaldo financiero y se retira, dejando la improbable república a cargo del corsario Aury, que la declara parte de la República de México. Pero Aury es expulsado por la tropa que envió el presidente James Monroe en diciembre de 1817. MacGregor regresa a Inglaterra, y ya empezaba a acariciar proyectos fantásticos y sueños de grandeza. Era todavía un hombre muy joven. Contaba entonces 30 años y apenas cumplía 33 cuando organiza su expedición a Portobelo. Luego de haber pasado por tan sensacionales vivencias, tenía la edad adecuada para creer que podía rendir el mundo a sus pies y que todo era posible.

Pero la organización de la empresa fue muy confusa desde el principio y no auguró un buen final. En Londres había un diputado y encargado de negocios por Venezuela, Luis López Méndez (hombre de confianza de Bolívar y muy admirado por éste), y otro por Nueva Granada, José María del Real, el mismo que había estado en Panamá en la misión de espionaje que se mencionó atrás. MacGregor empezó su negociación con López Méndez pero

se enemistaron y éste le acusó de haberle robado mil libras esterlinas. López Méndez le advirtió a Bolívar lo que tramaba MacGregor, y le recordó lo ambicioso que era, agregando que aspiraba a tener “en algún lugar de América el mando absoluto” y que no se sometería a las órdenes suyas. El Libertador, que era Jefe Supremo de la República de Venezuela, desde ese momento se mantuvo en guardia. Era una empresa que no apadrinaba, conocía el carácter independiente y veleidoso de MacGregor y no era algo que estaba dispuesto a tolerar. El resultado es que Bolívar desautorizó la expedición y hubo un fuerte intercambio de comunicados públicos en Londres entre López Méndez y del Real, el primero negando toda autoridad a MacGregor y el segundo informando a la prensa británica que MacGregor estaba al servicio de la causa independiente con rango de general.

Pronto aparecieron impresos denunciando el carácter y objetivos de MacGregor, mientras que en Londres los agentes de Bolívar iniciaban una campaña para reclutar tropa y oficiales aprovechando que el ejército británico se había disuelto. Poco faltó para ahogar la expedición en su cuna, por lo que MacGregor apresuró su salida en el barco *Héroe* con la gente que pudo para dirigirse a Los Cayos de San Luis, mientras dejaba a cargo de continuar la recluta al coronel Francis Maceroni, que había estado al servicio de Joaquín Murat, ex rey de Nápoles. Su salida fue precipitada y ya empezaba con el pie izquierdo. Inicialmente se habían concertado 11 barcos, cinco de ellos para transporte de pasajeros, 1,601 soldados, 329 oficiales, 101 mujeres y 40 niños. Se tenía previsto que luego, si tenía éxito, se le sumarían más. Pero debido a su repentina partida, algunos comerciantes que le apoyaban le perdieron confianza y muchos oficiales optaron por no ir, quedando la flotilla reducida a dos fragatas de transporte, convoyadas por un bergantín armado en guerra y 417 hombres de armas. Confiaba en que se le uniría el corsario y viejo compañero de armas Louis Michel Aury, que estaba en la isla Providencia con 300 hombres, pero un huracán y otros serios contratiempos le impidieron acudir a la cita. Y así, con una tropa del tamaño de un modesto batallón, esperaba conquistar América.

MacGregor había logrado firmar un contrato con José María del Real, para realizar la expedición. El texto del documento es cuando menos bizarro. No se daban detalles de cómo se organizaría la expedición, cómo se financiaría, ni a qué punto se dirigiría. Su propósito era el “restablecimiento de la soberana, libre e independiente de todas las provincias de la Nueva

Granada”, una meta demasiado vaga que dejaba abierta cualquier posibilidad. Que se sepa, no quedan testimonios sobre los arreglos que concertó con sus financistas, de modo que solo queda especular.

Pero eran tiempos turbulentos y desconcertantes donde se podía esperar cualquier cosa. La guerra de independencia ya llevaba muchos años, y su desenlace final todavía era incierto. El caos reinaba por doquier. Numerosas familias neogranadinas habían tenido que abandonar sus hogares, dejándolo todo atrás y huir al extranjero para morir de hambre en el intento, o vivir de limosnas y padeciendo insufribles privaciones. Dadas las extremas penurias y el desorden financiero reinante, no sorprende que las presas capturadas por los corsarios fuesen la mayor fuente de ingreso del gobierno cartagenero. En un ambiente así había cabida para cualquier aventurero. Era un caldo de cultivo perfecto para soñar con lo imposible, pero también para la traición y la mudanza de lealtades. El propio Maceroni, en quien había puesto su confianza MacGregor cuando lo deja a cargo en Londres, haría gestiones después para traicionar la causa revolucionaria a cambio de que se le nombrara virrey en algún lugar de América. En cuanto a Luis Michel Aury, éste no gozaba ni mínimamente de la confianza de Bolívar. Había comandado la flota que trasladó a los emigrados de Cartagena a Jamaica, pero tuvo un fuerte desencuentro con El Libertador, que lo destituyó, se quedó con sus naves y lo reemplazó con otro corsario. Obviamente, MacGregor no la tenía fácil. Pero así y todo se lanzó.

La captura de Portobelo se realizó el 10 de abril. Fue relativamente fácil y virtualmente no costó bajas. La plaza tenía 90 hombres de armas, pero más de la mitad estaba enferma en el hospital de San Juan de Dios. Según la versión de Alejandro Horé, disgustado por la cobardía del comandante de la plaza, Juan Van Herch, éste huyó a Panamá a buscar refuerzos “menos de ocho horas antes de que entraran los enemigos, sin haber tenido un muerto ni un herido”. Weatherhead, sin embargo, habla de algunas escaramuzas, aunque sin consecuencias. El hecho es que Portobelo quedó en poder de MacGregor y entregó el mando civil a los próceres neogranadinos Juan Elías López de Tagle y Joaquín Vargas y todo parecía marchar como se esperaba. Pero la indisciplinada tropa invasora no tardó en entregarse al desorden y la bebida, mientras que desde Panamá Horé se preparaba para devolver el golpe. Contaba con el Batallón Cataluña (aunque este se había reducido a solo 200 hombres), pero

podía echar mano de un Regimiento de Infantería de Blancos y de las milicias disciplinadas de pardos libres, así como de varias decenas de artilleros y tiradores locales y empezó a organizar la reconquista.

Las noticias de la expedición ya habían llegado a Panamá en la Navidad de 1818. Pero como no se sabía por dónde atacaría MacGregor si en Santa Marta, Sabanilla o Chagres, donde estaba la vía ribereña de acceso a Panamá, Horé había enviado parte de su tropa al fuerte que custodiaba su boca, y unos cien hombres a Portobelo, quedando de esa manera divididas sus fuerzas para rechazar al enemigo. Pero ordenó a los que había enviado a Portobelo que regresaran al encontrarse éstos en el camino con Van Herch cuando éste iba de retirada, y con esta tropa se dispuso a formar un nuevo contingente.

El Batallón Cataluña estaba compuesto por oficiales fogueados en combate, como el primer y segundo comandante Isidro de Diego y José de Santa Cruz, y el propio Horé se había distinguido durante la invasión napoleónica a España, ganando la confianza del rey. A los pocos días, Horé salió desde Panamá con 500 soldados divididos en dos cuerpos, la mayoría procedentes de las milicias blancas y pardas locales, aunque comandados por él y la oficialidad del Cataluña. Eran tropas acostumbradas al clima tropical, la gran mayoría estaban en su tierra y no pocos conocían el terreno. Luego de una fatigosa marcha por la selva, por caminos extraviados para evitar ser advertidos, cruzan el Istmo en 20 fatigosas horas bajo lluvias torrenciales, y en la madrugada del 30 de abril llegan de madrugada a Portobelo, donde sorprenden dormidos o descuidados a los invasores. Sorprendentemente los centinelas, si los había, no pudieron advertir a tiempo el ataque, lo que evidencia la incompetencia de la tropa invasora. Una de las columnas asalta la Aduana, adaptada como Casa de Gobierno, donde se encontraba MacGregor. Este logró escapar arrojándose del piso alto con un colchón, y llega nadando hasta uno de los barcos fondeados en la bahía, pero Juan Elías López de Table y Joaquín Vargas fueron capturados y degollados en el acto, al igual que los edecanes de MacGregor y todos los que se encontraban en el edificio.

La tropa invasora restante continuó defendiéndose en el fuerte de San Jerónimo, contiguo a la Aduana, donde quedó cercada, y tras media hora de combate se rindió. Cayeron prisioneros 60 oficiales, de coronel para abajo, y tuvieron más de 90 muertos y 60 heridos. Según su parte de guerra, Horé solo tuvo 60 bajas entre muertos y heridos. Afirmaba estar

orgullosos de la “bizarria que no es posible explicar” de sus hombres, y envió una lista de los que más se destacaron para que se les premiara. También informó que toda la tropa enemiga y su oficialidad eran británicos, salvo “una media docena de españoles americanos”. Cuando se dispusieron a capitular pidieron que se les “concediesen los honores de la guerra”, pero Horé decidió tratarlos como a “bandidos” (esas son sus palabras), y no admitió otra capitulación que la de rendirse a discreción. En un segundo informe ampliado dice que les había contestado que “un general español no podía capitular con unos aventureros que atropellando los derechos más sagrados habían invadido un país tranquilo y modelo de fidelidad a su legítimo rey; que se rindieran a discreción o serían pasados a cuchillo”<sup>20</sup>.

MacGregor no quiso o no pudo hacer nada, mientras observaba desde la cubierta el intenso fuego cruzado de metralla y fusil. Pudo haber contraatacado con los cañones de sus barcos, pero se acobardó cuando desde la batería del San Jerónimo, ya en manos españolas, empezaron a dispararle cañonazos, causándole averías a sus barcos. Levó anclas y abandonó a sus hombres a su propia suerte. Los supervivientes no se lo perdonaron.

Los poco más de 400 que quedaron prisioneros, fueron distribuidos entre Portobelo, Panamá y Darién. Unos fueron condenados a trabajar en obras públicas, otros, como el médico Weatherhead, fueron destinados al hospital de San Juan de Dios de la capital, y la oficialidad fue enviada al inhóspito Darién, donde a los que no se dio un trato brutal se les fusiló sin miramientos. Debido a los maltratos, cuando en 1820 fueron liberados tras el restablecimiento de la Constitución y el decreto que ordenaba su liberación, sólo 40 sobrevivían, la mayoría moribundos.

Desde su cautiverio en Panamá los prisioneros habían tratado de fugarse varias veces, aunque sin éxito, y era un clamor general que Cochrane enviaría fuerzas para liberarlos. Lo cierto es que, tras enterarse Cochrane de la penosa situación en que se encontraban sus compatriotas, envió al capitán John Illingworth para que rescatara a los supervivientes. Asalta la isla de Taboga situada en la bahía de Panamá y a la vista de la ciudad, bloquea con sus naves a la capital y se pasea de incógnito por sus calles para conocer la situación de los

---

<sup>20</sup> El primer parte militar lo redactó en el cuartel general de Portobelo el 2 de mayo de 1819 e iba dirigido al virrey Juan de Sámano. El segundo, en Panamá, el 14 de mayo siguiente, también para el virrey. Ambos en AGI Cuba 742.

cautivos. Podía hacerlo sin que se notara porque, habiendo tantos comerciantes británicos en la ciudad, le habrían confundido con cualquiera de ellos<sup>21</sup>. Pero no rescató un solo prisionero y se regresó a Chile con las manos vacías. El plan de ocupar el Istmo por ambos mares había sido un fiasco y la muy temida invasión de Cochrane quedó reducida a un simple intento de rescate de prisioneros. Así terminó, con poca gloria y mucha pena, la aventura de MacGregor.

Cuando los simpatizantes de la independencia se enteraron de la caída de Portobelo, no dudaron en afirmar que era “el acontecimiento más importante de la Guerra de la Independencia”. Así lo afirmaba exultante el científico Francisco Antonio Zea en una carta a Guillermo White, de junio de 1819, cuando recién había salido la noticia en la *Gaceta de Jamaica*. Y agrega: “no saben los españoles ni MacGregor mismo lo que ha hecho”. O como expresaba Mariano Arosemena: “Vendría a ser de inmenso beneficio para la causa sudamericana; valía tanto como apoderarse del cuartel general de los Ejércitos de S.M.C.”<sup>22</sup>. Como es evidente, se habían puesto grandes esperanzas en la expedición. Pero todo había estado mal calculado y peor hecho. MacGregor salió con mucho menos gente de armas de la que había concertado con sus patrocinadores. Y su tropa era variopinta, indisciplinada e inexperta, al extremo, dice Weatherhead, que tres cuartas partes nunca había tenido un mosquete en sus manos. No era ni mucho menos una fuerza en la que se podía confiar. Además subestimó totalmente la capacidad de reacción militar del Istmo, donde encontró una tropa decidida y disciplinada que lo humilló en un suspiro.

El triunfo de Horé fue rotundo, y por su acción se le condecoró con la Gran Cruz Americana de Isabel la Católica<sup>23</sup>. Según la versión de Mariano Arosemena, como Horé conocía bien el ambiente político en Panamá, donde la invasión había creado gran expectación, cuando entró a la capital con los prisioneros lo hizo de la manera más discreta

---

<sup>21</sup> Para el ataque de MacGregor, José Manuel Restrepo, *Historia de la Revolución*, 177-181 y Arosemena, *Apuntamientos históricos*, 87-97. Documentación de primera mano sobre el tema en AGI Cuba, 720B, y 742 a 752. Una versión británica contraria a MacGregor, en Rafter, *Memoirs of Gregor M'Gregor*. Ver también Weatherhead, Dr. W. Davidson, que además incluye un relato del cautivero, Davidson, *An Account of the late Expedition*. Para lo referente a Illingworth, Basil Hall, *Extracts from a journal written on the coasts of Chili, Peru, and Mexico, in the years 1820, 1821, 1822* (Edinburgh: Archibald Constable and Co 1824).

<sup>22</sup> La Carta de Zea la reproduce Muñoz Atuesta, *Cartagena de Indias*, 313; La cita de Arosemena, *Apuntamientos históricos*, 90.

<sup>23</sup> Así consta en su hoja de vida, del 31 de diciembre de 1819, AGI Cuba 742.

que pudo, sin fanfarria de honores ni mucho ruido<sup>24</sup>. De hecho, tan pronto como supo de la invasión de MacGregor estableció un estado de sitio: “su vijilancia sobre los patriotas istmeños se prosiguió hasta el extremo de no permitir que tuviéramos reuniones públicas ni privadas”<sup>25</sup>. Los prisioneros británicos que se veían por las calles eran vistos con mucha simpatía por la población, y esta celebró cuando fueron liberados los pocos que quedaban.

La invasión, por supuesto, no dejó de causar un tremendo daño al comercio que se hacía con Panamá y en última instancia contribuyó a que el Istmo se independizara. El sólo anuncio de que se estaba organizando y los rumores de que Cochrane atacaría el Istmo, bastaron para que la plata dejara de enviarse a Panamá. Y con más razón cuando se supo del asalto de Illinworth. El frenazo fue inmediato. El último barco mercante documentado procedente de Guadalajara llegó en 1820. Salvo una que otra arribada solitaria, los de Perú y Ecuador no volvieron a verse hasta 1822, cuando empezó el trasiego de tropas que irían a luchar al Sur. La recesión queda declarada en 1819, y la situación se agrava fatalmente debido a los cambios políticos que se sucedían en España desde 1814 al restablecerse el absolutismo y abolirse la Constitución. Los ingresos de Aduana quedan dramáticamente reducidos, y las arcas vacías, de manera que para hacer frente a las urgencias tanto cotidianas como militares, el gobierno se veía forzado a apretar cada vez más a la población, imponiéndole onerosos préstamos y donaciones, creando un ambiente de creciente desasosiego, inseguridad y malestar<sup>26</sup>.

Para agitar más el ambiente, cuando en 1820 llegó la noticia de que se había restablecido la Constitución se produjo un gran alborozo, ya que según una fuente, por lo

---

<sup>24</sup> La versión que da Horé sobre su recibimiento en Panamá es muy distinta. En carta al virrey Sámano, ya citada, con fecha en Panamá el 14 de mayo de 1819 (AGI Cuba 742), empieza afirmando que “no me es posible pasar en silencio sin faltar a la justicia los testimonios de fidelidad y amor a nuestro soberano que he recibido de este excelentísimo Ayuntamiento... así como al regreso de mi persona y las tropas ha manifestado esta capital el más acendrado patriotismo colgando de las calles del tránsito, derramando con profusión grandes cantidades de dinero, haciendo cuantiosos donativos, iluminación, bailes, comidas públicas de la tropa, y resonando por más de ocho días con sus noches la voz de Viva Nuestro Amado Monarca Fernando Séptimo, vivan los libertadores del Istmo, sucediéndose continuas y magníficas funciones de iglesia para dar gracias al Dios de los ejércitos y en fin manifestando tal alborozo que solo un verdadero amor a la santa religión y al rey pudiera hacer sentir con tanta vehemencia”. Alguno de los dos, Horé o Arosemena, miente.

<sup>25</sup> Arosemena. *Apuntamientos históricos*, 90 y 93.

<sup>26</sup> En una carta al virrey de Perú pidiéndole desesperadamente auxilio económico, Alejandro Horé dice que por estar “interceptado el comercio hace tiempo”, el Istmo era sostenido a punta de contribuciones. Alejandro Horé al virrey de Perú, Panamá, 8 de septiembre de 1819, 73, AGI Cuba 742.

menos un tercio de la población la apoyaba abiertamente<sup>27</sup>. Aprovechando que uno de sus postulados era la libertad de prensa, empezó a publicarse *La Miscelánea del Istmo*. Sin embargo, el virrey Juan de Sámano, recién llegado a Panamá, así como el propio gobernador Horé y el Batallón Cataluña se rehusaron a jurarla. De hecho, Horé, el mismo que Fernando VII había enviado a Cádiz para clausurar las Cortes constituyentes, murió del disgusto a poco de llegar la noticia, o así consta en algunas fuentes. *La Miscelánea* fue amenazada y tuvo que contenerse. Se inició entonces un período de ásperas confrontaciones entre la tropa y la población, con disparos de fusil de ambas partes y algún que otro cañonazo del Batallón hacia el popular barrio de Santa Ana; ajes de la tropa a funcionarios conspicuos, prisiones indiscriminadas y violación de mujeres. A poco, Sámano murió y su reemplazo, el Capitán General Juan de la Cruz Mourgeon, necesitado como estaba del apoyo de la élite para continuar la campaña contra los revolucionarios en Ecuador, optó para aflojar la mano, dejó hacer al periódico, y juró honrar la Constitución. Ya era muy tarde. Tan pronto como dejó el país llevándose a casi toda la tropa disponible, los líderes panameños aprovecharon la ocasión para sobornar a los pocos que quedaban y Panamá proclamó la independencia el 28 de noviembre de 1821<sup>28</sup>.

## Bibliografía

AROSEMENA, Mariano. *Apuntamientos históricos (1801 – 1840)*. Panamá: Publicaciones del Ministerio de Educación, 1949.

\_\_\_\_\_. *Gaceta del Gobierno de Lima*, T. II, 1817 Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1971.

---

<sup>27</sup> Cuando llegó Juan de la Cruz Mourgeon a Panamá con cargo de Capitán General y la promesa de ser nombrado virrey si tenía éxito en la recuperación de Ecuador, le escribió al secretario de Estado y del Despacho de Gobernación de Ultramar: “Lo único que puedo manifestar a V. S. es que parte de la población apetece el actual sistema [es decir el de la Constitución], otra sucumbe por la fuerza [es decir que aceptaba la Constitución a regañadientes], y la otra extiende sus miras a la total independencia”. No podía ser más claro: un tercio de la población simpatizaba con la Constitución, otro tercio no tanto, pero se sometía, y una tercera parte deseaba romper del todo con España. Carta fechada en Panamá, 27 de agosto, 1821, AGI Santa Fe 748.

<sup>28</sup> Más sobre el ambiente político en Panamá en los meses antes de la independencia y cuando esta se declaró, en los artículos del autor citados arriba.

CASTILLERO Calvo, Alfredo. "Despegue comercial pre-independentista." En *Historia General de Panamá*, editado por Alfredo Castillero Calvo. Panamá: Presidencia de la República, 2004.

\_\_\_\_\_, "Las Cortes de Cádiz y la independencia de Panamá", en *La Constitución de Cádiz y su huella en América*, coord. Alberto Ramos Santana. Cádiz: Universidad de Cádiz, 2011, 229-240.

\_\_\_\_\_, "La Constitución Gaditana de 1812 y su Influencia en Panamá: 1808-1821," *Revista digital indexada Memorias, Universidad del Norte* 18 (2012): 55-87.

\_\_\_\_\_, "Independencia de Panamá de España. Para el Bicentenario: nuevas evidencias y reflexiones," *Revista Tareas* 141 (2012): 101-28.

\_\_\_\_\_, "La Constitución Política de la monarquía española y su impacto en Panamá, 1808-1821," *Debate* 20 (2012): 11-22.

CORRALES, Manuel Ezequiel, *Documentos para la Historia de la Provincia de Cartagena, hoy Estado Soberano de Bolívar, en la unión colombiana*. Bogotá; Imprenta de Medardo Rivas, 1883

CHUST, Manuel y FRASQUET, Ivana. *Tiempos de Revolución. Comprender las independencias iberoamericanas*. Madrid: Fundación Mapfre-Taurus, 2013.

CUERVO, Antonio B. *Colección de Documentos Inéditos sobre la Geografía y la Historia de Colombia*. Vol. 2, Bogotá: Imprenta de Vapor, 1892.

HALL, Basil. *Extracts from a journal written on the coasts of Chili, Peru, and Mexico, in the years 1820, 1821, 1822*. Edinburgo: Archibald Constable and Col, 1824.

HERNÁNDEZ Muñoz Atuesta, Francisco. *Cartagena de Indias. Compilación Histórica*, Bogotá: Genealogía e Historia Ediciones, 2012.

LONGHENA, Mario. *Memorias de Agustín Codazzi*. Bogotá: Banco de la República, 1973.

MACRONE, John. *Memoirs of the life and adventures of Colonel Maceroni*. Londres: St. James Square, 1833.

RAFTER, Michael. *Memoirs of Gregor M'Gregor; comprising a sketch of the revolution in New Granada and Venezuela, with biographical notices of Generals Miranda, Bolivar, Morillo and Horé, and a narrative of the expeditions to Amelia Island, Porto Bello, and Rio de la Hache, interspersed with revolutionary anecdotes.* Londres: J.J. Stockdale, 1820.

RAMOS Santana, Alberto, coord. *La Constitución de Cádiz y su huella en América.* Cádiz: Universidad de Cádiz-Banco Santander, 2011.

RESTREPO, José Manuel. *Historia de la Revolución de Colombia.* T. 2. Medellín: Bedout, 1969.

WEATHERHEAD, W. Davison. *An Account of the late Expedition against the Isthmus of Darien under the command of Sir Gregor McGregor, together with the events subsequent to the recapture of Portobello, till the release of the prisoners from Panama.* Londres: Longman, Hurst, Rees, Orme, and Brown, 1821.